



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9156

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. Tente rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winschester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

SABADO 7 DE MAYO DE 1892.

J. MARTINEZ,
Cirujano Dentista.

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales de infalible resultado.

Pieceditas parciales de uno ó más dientes en oro sin paladar y sin ganchos; procedimiento moderno (verdadero sistema americano.) Igual construcción en caucho.

Curación de todas las enfermedades de la boca, extracción de dientes por medio de anestésicos locales.

Empastes en muelas cariadas con oro (orifición) y platino (inalterables)

Toda persona que tenga dentadura artificial y por desperfecciones artísticas no pueda usarlas, puede traerla á este gabinete y se le corregirá hasta su perfección.

Oplata, polvos y elixir dentífricos, para limpiar y conservar la dentadura.

Todo garantizado.

Cuatro Santos 10, principal.

Avisando visita á domicilio.

ECOS DE MADRID

En efecto, hubo miedo en Madrid el 1.º de Mayo como lo hubo en París y en todas las capitales y grandes poblaciones de Europa. La cosa no era para menos. Hoy mismo anuncian los periódicos que la maestra de primera enseñanza de un pueblo, entregó al alcalde un revólver, diciéndole que no estaba cargado.

El alcalde le examinó, dio gusto al dedo, el diablo hizo de las suyas y la bala levantó la tapa de los sesos á la infeliz profesora. A menudo oímos referir que un niño jugando con una escopeta mató á otro; que una criada cojiendo una pistola para curiosar, se hirió gravemente.

No hay que jugar con fuego ni con armas de fuego, y me figuro que los más valientes deben temblar al ver en manos inesperadas un elemento cualquiera de destrucción. Por fortuna, al menos en nuestro país, el arma poderosa ha estado en manos juiciosas, y todo se ha reducido al temor que gobierno y gobernados experimentamos durante algunas horas.

El 1.º de Mayo sirvió para demostrar que vamos ganando terreno en las costumbres, y como los obreros se han limitado á echar unos cuantos piropos á los burgueses y á formular sus aspiraciones, bueno es tomar en cuenta unos y otros y esperar que poniéndose todos en razón, no sean precisos los manicomios que en una de mis cartas anteriores suponía muy necesarios.

Pasada la preocupación del día 1.º, conmemoramos el 2 á los mártires de la Independencia y el 3 echamos de menos aquellos lindos altares en que aparecía la Cruz de Mayo rodeada de flores que se ponían hace años en calles y plazas, servidos por bellas madrileñas descendientes de las estinguidas manolitas que nos asediaban pidiéndonos monedas para la Cruz de Mayo, monedas que solían dárseles de buena gana acompañadas de otras flores quizás más agradables para ellas

que las que perfumaban el ambiente.

El tiempo no ha sido amable. Más que de Mayo parece de Octubre, y no hemos podido entregarnos á las expansiones primaverales; pero si nos hemos apercibido de que el Parque de Madrid, paseo predilecto de los madrileños, iba á ser convertido en una especie de feria, obligando á pagar una cuota de entrada á los que en vez de hallar en las frondosas alamedas la salud y el recreo que van á buscar, iban á encontrar una continua tentación de gastar dinero.

Los madrileños se han indignado al ver cortar añosos árboles, echar por tierra las estatuas, abrir zanjaz en las calles, colocar empalizadas y han puesto el grito en el Congreso por medio de los diputados de la villa y corte.

El Municipio escuchando las justas quejas, ha resuelto que el contratista de la proyectada Exposición deshaga lo hecho y se atenga á lo pactado en la concesión.

Todos los españoles leerán esta noticia y se preguntarán:

—Pues qué, ¿no había cumplido el concesionario esos requisitos, antes de empezar las obras?

Ha podido por sí y antes si penetrar en el Parque, reunir obreros, disponer la corta de árboles, quitar de su sitio las estatuas sin que nadie le haya exigido la competente autorización, hasta que el vecindario ha formulado sus quejas.

Una niña coje una flor, y si el guarda la ve, multa al canto. Bien hecho está.

El Parque es para todos y nadie tiene derecho á apoderarse de lo que no es suyo. Pero llega un caballero, dispone, abre zanjaz, clava estacas, destruye paseos, apea de sus pedestales á los reyes, y los guardas le ven y le dejan hacer. Y el Ayuntamiento, enterado por los periódicos y por los diputados, resuelve como Bayaceto en «Adriana» que todo vuelva á su primer estado.

Lo chistoso sería que el concesionario pidiera daños y perjuicios por que le han dejado hacer su voluntad.

El Teatro de la Princesa ha estrenado con grande y legítimo éxito una obra de Federico Urrecha, titulado «Tormento.» Pertenece al género llamado alta comedia; pero prescindiendo de su filiación es una verdadera obra de arte, que revela nuevas y admirables cualidades de autor dramático en el escritor ya distinguido y apreciado por sus felices aptitudes para todos los géneros literarios.

El Español ha encontrado un filón en «El Día Memorable,» drama que recuerda las glorias y las desdichas del pueblo de Madrid el día 2 de Mayo.

Los autores, según dicen los periódicos, han hecho con un drama francés de Sardou lo que suelen hacer los agraciados bohemios cuando se encuentran un paquidermo que no es de su propiedad, lo desfiguran.

Bien es verdad, que esto ha obedecido al patriótico deseo de vengar á los españoles de las indigni-

dades que el autor francés les atribuyó en su obra.

Ahora los que eran españoles son franceses, y hasta es meritoria la adaptación; pero quizás hubiera sido más digno, de alabanza aunque no tan cómodo, que se hubieran tomado el trabajo de idear una fábula: porque sino dirá Sardou con razón, que tenemos mucho patriotismo, pero poco respeto a la propiedad literaria.

JULIO NOMBELA.

La huelga de los forjadores.

(Traducción en prosa del poema inédito en castellano de Mr. Francois Copée, «La Grève des Forgerons».)

—Señores jueces: mi relato será corto. Heo aquí.

Los jornaleros se habían declarado en huelga y estaban en su derecho.

Era aquel un invierno de los más crueles que he conocido y hallábanse cansados de sufrir privaciones.

Un sábado al anochecer, después de haber cobrado nuestros jornales de la semana, varios compañeros, cuyos nombres no han pronunciado ni pronunciarán mis labios, me llevaron á la taberna para decirme: «Juan, vamos á confiarte una misión, se nos explota de un modo inicuo y es preciso que nos aumenten el jornal.

Eres nuestro descanso y queremos que visites al burgués y que le digas de muy buenos modos, que si desatiende nuestra súplica nos declararemos en huelga.

Juan, ¿serás de los nuestros?

Yo repute:

«Lo que convenga á mis compañeros es lo que á mí me conviene.

No hay que hablar más del asunto.»

Señor presidente: yo he sido siempre un hombre pacífico y trabajador; jamás me mezclé en alborotos...

Pero no podía rehuser á mis compañeros el favor que de mí solicitaban y fui á casa del amo.

Le encontré sentado en un sillón, detrás de la mesa, y le expuse en muy pocas palabras el objeto de mi visita, procurando convencerle de que la petición era justa y de que podía acceder á ella sin arruinarse.

Estuvo escuchándome atentamente y me contestó: «Juan, es V. un hombre honrado á quien aprecio mucho y los que le han escogido para que viniera á hablarme, saben lo que han hecho; pero yo no estoy dispuesto á transigir con unos cuantos gaudales que quieren imponerme su voluntad y á los cuales puede V. decir que mañana cierro el taller y que hagan lo que les dé la gana.

Esta es mi resolución irrevocable.» Yo entonces me despedí del amo diciéndole:

«Me voy con el corazón oprimido á comunicársela á mis compañeros.»

Estos, al saber la respuesta que habían obtenido sus pretensiones, vociferaron mucho, jurando que no volverían al taller hasta que se les aumentara el jornal.

Yo me sometí gustoso al acuerdo de mis amigos.

¡Ah!... algunos de ellos al arrojar poco después sobre la mesa el producto del penoso trabajo de seis días, debieron de sentir una tristeza muy grande, que seguramente les impediría dormir con tranquilidad.

Debieron de pensar que tardaríamos mucho en cobrar otros jornales y que las privaciones que hasta entonces habíamos sufrido, dejarían el paso libre á la miseria.

Yo, la verdad, entré en mi casa muy triste y senté sobre mis rodillas á mis dos nietecitos...

Mi hija, señores jueces, había muerto

pocos meses antes, y mi yerno está ennegado en el vicio...

Besé á los pequeños y, al pensar en que el hambre haría palidecer muy pronto sus caritas sonrosadas, me arrepentí de haberme adherido á la huelga.

Confieso que me arrepentí...

Pero yo no era, no podía ni debía ser menos que los otros.

El compañerismo imponíame deberes sagrados y la conciencia me ordenaba cumplir con ellos sin vacilación.

Mi anciana mujer entró en aquel instante.

Venía del lavadero, agobiada bajo el peso de una banasta llena de ropa.

Con cierta timidez y con apagada voz le di cuenta de lo ocurrido.

Ella no tenía valor para enfadarse, no se enfadaba nunca...

Durante algunos segundos permaneció inmóvil con la vista clavada en el suelo, y al fin respondió: «Ya sabes que soy una mujer económica...

Haré cuanto sea preciso para que no nos falte el pan en dos ó tres semanas.»

«Puede ser que antes se arregle todo» —respondí para infundirle valor.

Pero transcurrieron diez, quince, veinte días, no hubo arreglo y la miseria entró en mi humilde casa... ¡Ah! señores jueces, señores jueces!... Crean ustedes que supe resistir los horribles tormentos del hambre sin que cruzara por mi imaginación la idea de robar.

Ese pensamiento me hubiera hecho morir de vergüenza.

No vean Vdes. en mis palabras un vanidoso deseo de que sea admirada mi honradez.

No pretendo que se me admita en clase de mérito ó de circunstancia atenuante, el hecho de haber sido material ó moralmente virtuoso en días, muy negros y muy largos, de hambre y desesperación.

En aquellos días, cuando mi valerosa mujer y mis nietecitos se acurrucaban temblando de frío en derredor del brasero sin lumbré, cuando las infelices criaturas pedían pan y su abuela las miraba tristemente á través de las lágrimas que nublaban sus ojos, yo me sostuve firme... Y si ahora me ven lloroso, es porque recuerdo á los queridos seres por los cuales hice lo que jamás hubiera hecho si me hubiese encontrado solo en el mundo.

Padecí horriblemente entre las cuatro paredes de mi vivienda, especie de jaula á la cual no se acostumbraban los que están habituados al trabajo.

Desde que estoy en la cárcel he comparado varias veces la morada de los que delinquen con la morada del trabajador hambriento... ¡se diferencian muy poco!

Una fría y nublada tarde de Diciembre, al entrar en mi casa más triste y desalentado que los días anteriores, ví á mi mujer que estaba acurrucada en un rincón, abrazando á los niños, apretándolos fuertemente contra su seno. Al contemplar aquel cuadro, sentí que la voz de la conciencia me gritaba: «¡Eres un asesino!» Mi pobre mujer exclamó entre sollozos:

«Mira... el Monte de Piedad rechaza nuestro último colchón porque nada vale... ¿Dónde hallaremos pan para estas criaturitas?» Me quedé pensativo y dije pronto:

«¡Lo encontraré!» Estaba ya tomada la última resolución que podía tomar: volver al trabajo, armándome con todo mi valor para sufrir el desprecio de mis compañeros. Me dirigí á la taberna donde solían reunirse los capitanes de la huelga. Allí estaban, charlando y bebiendo mientras muchos pobres se morían de hambre... ¡Oh! los que pagaron aquel vino para alargar nuestro martirio horrible ¡que escuchen la maldición que sobre ellos lanza un viejo desventurado!

Cuando los bebedores me vieron avanzar con la cabeza baja y los ojos llorosos, comprendieron mis intenciones y acogieron con mucha frialdad.

Hice un poderoso esfuerzo y murmuré

humildemente: «Voy á decirlos una cosa... Tengo más de sesenta años y mi mujer pasa también de esa edad... Tengo, además dos nietecitos, huérfanos, sin más amparo que el que yo pueda darles. Hemos vendido todos los muebles y hace ya muchísimas horas que no entra alimento en nuestros estómagos...

Una cama en el Hospital y un estudiante de medicina que destroce mi cuerpo, bastan y aun sobran para un miserable como yo; pero tratándose de la mujer y de los pequeños... ya es diferente. Por esto he decidido volver al taller, contando de antemano con que me dareis vuestro permiso. Mirad: tengo los cabellos blancos y las manos negras... ¡como que hace cuarenta años que soy forjador! Dejádme que vuelva á trabajar.

He querido pedir limosna por calles y plazas y me ha sido imposible.

Preciso es confesar que desempeña un papel poco honroso el hombre que implora la caridad pública extendiendo un brazo robusto que puede manejar aun el martillo ó otro cualquier instrumento del trabajo. Os suplico que me permitáis ganar el sustento de mi mujer y de mis nietos y aguardo lleno de esperanza, vuestra contestación.

Entonces uno de los que me escucharon, se dirigió á mí y con tono instantáneo y amenazador, me dijo: «¡Cobarde!» Un frío intenso corrió por mis venas; la sangre se agolpó á mi cerebro. Miré al que me había insultado... Era un hombrachón que tenía fama de holgazán y de camorrista. Píjame en mi sus ojos con expresión de reto y asomaba á sus labios una sonrisa provocativa. Mi corazón latió con violencia y mis sienes crujieron como si fueran á estallar. Apretándolas con mis temblorosas manos, interrumpí el profundo silencio que reinaba en la taberna y grité: «Mi mujer y mis nietos morirán de hambre... No volveré al trabajo... ¡Pero tú me darás una satisfacción de ese grosero insulto!

Nos desafiaremos como unos burgueses. ¿Sitio? Al aire libre. ¿Hora? En este mismo instante ¿Armas? Escojo el pesado martillo, más ligero para nuestros brazos que la espada ó la pluma. ¿Testigos? Los compañeros que están presentes.

No hay que hablar más. Quitate la chaqueta y escupe en tus manos, infame insultador de viejos.

Me abrí paso con los codos entre los camaradas que intentaban separarnos y encontré en un rincón las armas deseadas.

El mejor martillo se lo arrojé á mi contrario que tomó una actitud defensiva y exclamó:

«No te entretengas, viejo; empieza pronto.»

Respondí á sus palabras arrojándome á él y haciendo girar mi martillo con rapidez asombrosa.

El perro acosado por el látigo no tiene una expresión más humilde que la que tenía el rostro de aquel miserable, pocos momentos después de comenzada la lucha.

Quiso huir pero era demasiado tarde... Mi martillo le deshizo el cráneo.

Sé que he cometido un crimen y no pretendo atenuarlo... Cuando le ví muerto á mis pies, tiré el arma, me tapé los ojos y comprendí toda la inmensa pesadumbre de los remordimientos de Cain.

Algunos de mis compañeros se me acercaron para sujetarme.

Yo entonces deteniéndolos con un gesto, les dije: «¡Dejadme! ¡yo mismo me condeno á muerte!»

Me comprendieron y me dejaron. Me quité al punto la gorra que cubría mi cabeza y extendí el brazo exclamando:

«Compañeros... ¡para mi pobre esposa! ¡para las infelices criaturas!» Recogí diez pesetas.

Después yo mismo me entregué al comisario de policía.